destruir las fortalezas de los indígenas sublevados en la N. Galicia, se alentaron las esperanzas de los pueblos pacíficos que ya desfayecian y trataban de desamparar sus hogares.

Era el cuatro de Setiembre del mismo año cuando vieron en Guadalajara acercarse como cien indios armados: Oñate que no dormia, mandó luego á Francisco Delgadillo con un trozo de tropa á reconocerlos: luego que se acercaron se reconocieron como amigos, y uno de los indios expuso á Delgadillo, como el casique de Atemajac mandaba presos con ellos unos 30 indígenas que habian ido á seducirlo á nombre de los casiques que se fortalecian en Nochistlán y el Mixton para que se fuese con ellos, si quería defenderse de los males que le esperaban con la dominacion española. Oido esto por Delgadillo, acarició á los conductores, é incorporado con ellos condujeron á la presencia de Oñate á los reos. Esta division de ánimos que presenta el caso, prueba con evidencia la debilidad humana, y el caracter servil de algunos indígenas que cooperaron tanto como las armas españolas á su conquista.

A los dos dias mandó ahorcar Oñate á todos los reos y dió las gracias como merecia al casique de Atemajac, por su célo y buena disposicion hácia los españoles. No podía dejar de irritar los ánimos de los indígenas disidentes éste suceso; y el veintisiete del mismo mes se dejaron ver los valles de Tlacotán y Mascuala llenos de guerreros que venian á tomar venganza de tantos agravios. Bien prevenidos los españoles para defenderse, salieron de la ciudad á recibirlos y éste movimiento impelió á aquellos valientes á echarse ciegos sobre las trincheras. Fueron recibidos con una descarga general de cañon y fusiles, y ya se deja entender cual sería el resultado. El autor de la historia inedita que tengo presente dice, que llegó á correr

la sangre de los indígenas por las calles de la ciudad, que llegó á tanto la temeridad de algunos indios, que sin órden ni combinacion alguna asaltaban la plaza, y eran así víctimas de su arrojo inconsiderado. Alguno de éstos murió á manos de una muger que como otras armada de puñal defendia la puerta de su casa.

Resistido vigorosamente el asalto, y muertos cuantos se acercaron ó entraron á la ciudad, salió por todas direcciones la caballería haciendo mayores destrozos, hasta que se retiraron los indios; pero como prometieron volver, y habian muerto algunos españoles, y á mas demoraba el auxilio de Méjico, quedó la ciudad en la mayor consternacion.

El siguiente dia del ataque fué el 28 de Setiembre, y á propuesta de Oñate y por unanimidad de votos del ayuntamiento y vecinos se juró por patron de la ciudad al Sr. S. Miguel. Bajo sus auspicios se resolvió tambien trasladar la ciudad tercera vez al valle de Atemajac al punto ya de antemano reconocido, y aprobado por todos al efecto, por su amenidad, y hallarse en medio de todos los pueblos mas amigos, y decididos por los castellanos. El mismo dia comenzaron los vecinos á trasladarse al llamado pueblo de Analco, dejando en Tlacotan solo la guarnicion competente para contener á los indios, y observar sus movimientos.

Destruccion de las fortalezas de los indios: se decide su suerte para siempre.

Activó cuanto pudo el virey d. Antonio Mendoza las providencias necesarias para formar un ejército capaz de contener la sublevacion general que en el norte de N. Galicia habian promovido los cascanes y otras naciones. Salió en persona á fines del año

de 1541 mandando el ejército que fue de treinta mil hombres: los mas eran auxiliares mejicanos, tlalcastecas y tarascos, solo mil eran españoles, los mas de caballeria y los menos de infanteria y artilleria: los víveres y municiones eran correspondientes á tan formidable ejército.

Sin el menor embarazo atravesó los territorios de Méjico y Michoacan en sus límites y al entrar á la N. Galicia por Coynan, que asi se llamaba lo que ahora forma los partidos de la Piedad y de la Barca, encontró á los indios hechos fuertes en el cerro alto llamado Pajacuarán, que estaba cortado en varias partes con fuertes albarradas de piedra. Aqui se habian propuesto los valientes de Coynan y Cuiseo embarazar el paso al ejército mejicano; y si les fuera posible destruirlo. Les intimó el virey que se rindiesen y les perdonaria para que se retirasen á sus pueblos; su contestacion fue, la de que estaban resueltos á morir ó vencer.

Como á la vez se observase que no tenian agua en el fuerte, y que á horas escusadas bajaban varias partidas á subirla en cantaros de los bajos y del rio, se les fraguó por medio de los indios auxiliares la traicion mas vil que se podia imaginar. A horas incomodas prepararon los sitiadores iguales partidas de indios con cantaros de agua del mismo rio que proveia á los del fuerte: ellos tuvieron aquellas tropas por suyas, y cuando menos lo pensaron se encontraron dentro del fuerte con sus enemigos, estando ellos desprevenidos. Los auxiliares tirando los cantaros y armados de puñales hicieron en sus mismos hermanos la carnicería mas horrenda. No hubo necesidad de mas para vencer á aquellos valientes, porque conocido el engaño, entró con ellos el furor y la desesperacion mas inaudita y cruel. Por no rendirse se mataban unos á otros, algunos se colgaban de los arboles y se echaban para abajo de los crestones y quiebras

del cerro, y hasta á las mugeres y niños los precipitaban con sigo. Las tropas españolas mas bien subieron á contener la mortandad, que á pelear, y libertaron cosa de dos mil indios de doce mil que eran los sublevados. El asesor de la guerra, que debia ser un tigre, consultó la pena de muerte para los dos mil cautivos; pero Mendoza satisfecho con la sangre que se habia derramado, los dió libres, mandándoles se fuesen á sus pueblos. ¡Lastimoso espectáculo por cierto el que presentó el cerro despues de la accion; pero incapáz de mover los corazones de los que se deleitaban en contar las víctimas de su ambicion!

Despues que dió Mendoza algun descanso á su ejército, siguió su marcha por el cerro Gordo para Acatic, cuyo casique y habitantes eran decididamente afectos á los españoles. La conducta poco patriótica que éste y otros gefes de los indios observaron, fue efecto de su ignorancia y de los partidos en que encontraron los españoles dividida á la nacion.

Dió aviso el virey á Oñate de lo sucedido y de su aproximacion, salió el gobernador de Tlacotan con cincuenta hombres á recibirlo, llegó á su presencia, y recibió las mayores demostraciones de aprecio del gefe de la N. España. Entraron en materia sobre los fuertes del Peñol de Nochistlan y del Mixton. *Yo y los mios, dijo Mendoza, venimos á militar bajo las órdenes de v., no sea que nos suceda lo que al Adelantado por haberse separado de las instrucciones de v.* No le vino mal esta expresion á la vanidad de Oñate, que en el acto expuso al gefe la necesidad que habia de sujetar mas á los indios de lo que prescribian los decretos de los reyes de España. Le dijo que las libertades tenian insolentados á los indios, y que lo primero que se habia de hacer, era declararlos indistintamente esclavos: le hizo presente la urgencia de

atacar lo mas pronto posible las fortalezas de Nochistlan y del Mixton. *Estos indios*, decia, *cuantos mas mueren, se multiplican mas: en 12 años de conquista habremos matado en la N. Galicia 15 mil hombres, y ahora tenemos mas de 60 mil solamente en el Peñol de Nochistlan.* Cuando decia esto Oñate, no advertia, que por las crueldades que cometian los gefes y los encomenderos, se habian decidido los indígenas á preferir la muerte á la mas ominosa esclavitud, despues de haber sido privados de sus señores naturales, sus propiedades y posesiones.

Despues de algunos dias salió el ejército del virey para Nochistlan por Temacapulin y Mesticacan, haciendo alto en donde le parecia conveniente al gefe. Encontráronse los pueblos abandonados, pero con algunos depósitos de provisiones y víveres: se dió vista al Peñol, que por la multitud de los combatientes adornados de adargas y penachos de plumas de colores parecia un ramillete. A cuatro leguas se oyó la vocería y alaridos con que los indios acostumbraban, como lo hacen tambien hasta ahora, excitar su valor. Distribuyó Mendoza su ejército bajo la mejor disciplina, y asentó su real como convenia: mandó á Ibarra intimar rendicion á los indios del fuerte, solicitó el embiado al gefe, que ya he dicho era d. Diego Zacatecas, conocido tambien en la historia con el nombre de Tenamastle. *Yo os intimo*, les dijo Ibarra, *á nombre de nuestro rey que bajeis del Peñol de paz, y os retireis á vuestros pueblos.* Tenamastle le respondió con intrepidéz. *Yo tambien os requiero á nombre de los valientes que mando, para que os vayais en paz á Castilla, Nosotros estamos en nuestras tierras, y habeis venido de muy lejos á destruirnos* Ibarra le contestó que el virey de Méjico era el que lo mandaba con aquella embajada, que allí estaba á la cabeza del ejército, y que tuviera entendido que

si no se rendian, los harian esclavos. Esto irritó demasiado los ánimos del gefe y subalternos que estaban presentes, y dijo d. Diego: *debeis estar locos, pues por solo vuestro querer habeis venido á provocarnos cuando estamos decididos á morir ó vencer en defensa de nuestras propiedades.* Despues haciéndoles cargo de la sangre que se derramase, rompió el fuerte el ataque haciendo Tenamastle una seña á sus soldados para que avanzasen sobre el parlamentario: éste huyó precipitadamente, como ya lo habia hecho del mismo lugar otra ocasion, y fue tanta la vocería y ruido de las descargas de piedras, que se estremecieron los valles.

Despues de otras embajadas despachadas como la primera, determinó Mendoza á los tres dias romper el fuego sobre la fortaleza. Quince dias continuos defendieron sus libertades y las de toda la nacion en este punto los indígenas, con tanto valor y exfuerzo, que decia Mendoza: *vergüenza es nos hayan tenido tanto tiempo en continua accion sin desalojarlos de su puesto, y creo que antes de vencerlos han de mudar el cerro de su lugar á nuestro campo.* Y era así, porque de tantas piedras que despedian, formaban trincheras, y ganando terreno desalojaron al virey del punto que tenia.

Por último estos impertérritos defensores de su pátria, se rindieron porque les faltó el agua de un pequeño manantial que habia en el fuerte, y por la defeccion de uno de los principales casiques, que á horas escusadas se salió de la fortaleza con dos mil indios y sus respectivas familias.

Murieron en el sitio, que duró veinte dias, seis mil guerreros, se dispersaron algunos, y otros fueron á engrosar las filas de los defensores de la fortaleza del Mixton. Quedaron solo mil prisioneros encargados á la guarda de Miguel Ibarra: éste se desentendió de los infelices, y les dió libertad, por cuyo hecho fue acusado de traicion ante el virey;

pero se disimuló éste de la acusacion: tal vez habian procedido de acuerdo para poner en libertad á los prisioneros por no tener con que mantenerlos.

Temiendo justamente los españoles que por el refuerzo que recibian los sublevados del Mixtòn con los dispersos de Nochistlan, se aventurase el buen éxito de la accion que meditaban sobre aquel punto, inmediatamente movieron el campo. Ya los aposentadores habian provisto de víveres y forrages los puntos intermedios, y el ejército llegó en tres dias al frente del Mixtón, que está cerca de Juchipila. Aquí le ocurrió á Mendoza el escrúpulo mas raro que podia tener un conquistador, y juntando á sus subalternos les consultó: *¿si sería justo hacer aquella guerra á los indios?* A pesar de ser tan imprudente la consulta, no fue tan unánime la contestacion, por lo que se observó y se dirá despues.

Comenzó el ataque de la fortaleza en la que habia mas de cien mil combatientes. Esta extraordinaria multitud fué una de las causas que contribuyeron á acelerar la conclusion del sitio, porque no habia los bastimentos necesarios para tanta gente. Fue tal la desesperacion con que allí pelearon los indios, que se bajaban precipitadamente y se metian hasta clavarse en las puntas de las espadas y lanzas de los españoles por medio del cuerpo, y caian muertos á sus pies.

Los indígenas del Tevul, cometieron entonces la mas vil traicion que se pudo imaginar contra sus hermanos y compañeros de armas. Es el caso, que convocados á la defensa de la pátria, se mostraron primero indiferentes: viendo los generales indígenas su desentendimiento, les mandaron una embajada como merecian, amenazándolos para despues de la accion, y prodigándoles algunas injurias: el resultado fué ir los Tevultecos á la reunion del Mixtón en número de mil; pero antes de

ésto se pusieron de acuerdo con los gefes españoles para hacer traicion. Llegaron al fuerte diciendo á los sublevados, que los venian á enseñar á pelear. Al comenzar el ataque bajaron á la vanguardia, y tirando ellos al aire, y correspondiendo lo mismo los castellanos, vinieron á su defensa los demas indios en gran número, que fueron luego víctimas del fuego del cañon y fusil que les dispararon los enemigos. Pronto se decidió la accion por los españoles, murieron en éste sitio mas indios que en las batallas anteriores, y probablemente allí acabaron su carrera los mas valerosos gefes, porque despues no se supo mas de ellos.

La historia de Mota Padilla, que tengo á la vista dice, que Santiago se apareció en el Mixtón matando indios. No es la primera vez que los conquistadores ocurren á la intervencion de los santos, para cohonestar y autorizar sus crímenes. ¿Que tenía que hacer Santiago con los inocentes indígenas, que solamente se defendian de una agresion injusta? ¿Serán mas indulgentes los hombres que los santos, como lo vemos en los privilegios que las leyes les conceden á los neófitos, aun en delitos enormes, y en la escepcion de ciertos deberes comunes, á los demas hombres? No es mi intento hacer una apológia de los defectos en que pueden haber incurrido los indígenas, aun despues de haber recibido muchos de ellos la religion; pero debemos confesar, que el mayor milagro que hizo Dios con los indios, fue que recibieran con tanto gusto y aficion una religion que los españoles les trajeron en la punta de la espada y en la voca del cañon.

Concluida aquella accion que remachó para siempre los grillos, ó la esclavitud de los indios, aun se habian quedado ocultos en una quiebra del cerro mas de seis mil, sin duda resueltos á morir de hambre antes que entregarse á sus enemigos.

Sabedor de ésto el virey, trató de que entrasen los soldados sobre ellos á acabarlos á fuego y sangre, y oida semejante resolucion por los misioneros que con otros capellanes estaban en el ejército, se fué al virey con la mayor intrepidéz el p. fr. Antonio Zegovia, y le dijo: „*basta ya Señor, de justicia, dése lugar á la misericordia. Yo me obligo á subir al cerro y me prometo con el auxilio de Dios, reducir á esos infelices, y traerlos á pedir la paz.*" Suspendió el virey la respuesta sorprendido del valor del padre, pues le parecia que no debia exponer su vida á la venganza de los indios; pero el celoso ministro lo decidió diciendole, que contaba con Dios, á quien dejaba de fiador de su vida. Aceptó al fin Mendoza la propuesta, y tomando dicho padre por compañero al p. fr. Miguel de Bolonia, sin mas armas que el breviario, una imágen de Cristo y otra de la expectacion de Maria Santísima, que cargaba en un nicho pequeño, y es la misma que hoy se venera bajo la advocacion de Nuestra Señora de Zapopan, subió el cerro del Mixton: á las 36 horas salieron con los pp. mas de seis mil indios de paz, y cumpliendo su palabra el virey, fundaron nuevamente con ellos los mismos misioneros el pueblo de Juchipila en el lugar en donde hoy se halla.

Algunos de los dispersos proyectaron hacer el último esfuerzo en el paso del rio por donde el virey salia para Ezatlan, y otros puntos que determinó visitar. Esto lo hicieron bajo la direccion de un español llamado Cristoval Romero, que ó compadecido de los indios ó agraviado de los suyos, dirigía la maniobra; pero frustrada por las providencias militares del virey, fueron todos aprehendidos, y sentenciado á muerte Cristoval Romero. Pidieron los oficiales subalternos con mucho empeño el indulto de la vida del reo principal, se les concedió, y los indios fueron conducidos á

Méjico y declarados esclavos se repartieron entre los oficiales del ejército. Al paso del rio se le dió el nombre de S. Cristoval por la defeccion de Cristoval Romero.

Pasó d. Antonio Mendoza con sus tropas el rio de Tololotlan ó Santiago con direccion á Ezatlán: pensaba visitar todo lo conquistado por Guzman, pero los españoles y mejicanos tratando de descansar de una jornada tan penosa, le instaron por su pronto regreso á Méjico. Oñate y los demas gefes de N. Galicia apoyaron la solicitud, por haberse pacificado completamente el país, y asi recorriendo solo algunos pueblos y la laguna de Chapala, atravesó el virey el reino de Michoacán, y llegó á Méjico en donde fué recibido como era de esperarse con los honores del triunfo que habia conseguido.

No regresaron muchos de los que habian salido con Mendoza; porque en las batallas murieron algunos y otros se quedaron establecidos en la N. Galicia. Lo mismo sucedió con muchos de los soldados de Alvarado, y ya no se trató despues de otra cosa, sino de colonizár y reponer los pueblos que quedaron destruidos con la guerra.

Desde ese tiempo comenzaron los indios á hacer incursiones y avances sobre los españoles bajando de las sierras á donde se habian ido muchos, y ésto estimuló á los gobiernos á poner puntos militares llamados presidios, para ocurrir á la defensa de las poblaciones. Estos puestos se fueron retirando sucesivamente, conforme crecia la colonizacion, hasta los puntos en que hoy se hallan.

Fundacion de pueblos, villas y ciudades, y otros sucesos notables.

Como en los tres meses que duró el sitio de las fortalezas de los indígenas, nada se pudo hacer so-